

EL PINTOR Y DORADOR ENRIQUE ACUÑA ORANTES

En nuestros días, es seguro que algunas personas se han preguntado cual es la importancia que tuvo el artista Enrique Acuña Orantes, para que figure su nombre identificando a la Sala de Exposiciones de la Dirección General de la Cultura y Bellas Artes, en el local que ocupa la Escuela de Artes Plásticas. A esto habría que contestar que no existe ningún nexo entre aquel artista y la Dirección General mencionada. La asociación podría estar únicamente con la escuela.

Para aclarar este caso, debemos hacer un pequeño historial y luego dar a conocer los datos biográficos del maestro. Intentaremos en estas notas algo de ello.

Hace algunos años, el actual director de la escuela mencionada, escultor Max Saravia Gual, con la anuencia del cuerpo de profesores del plantel, dispuso que para honrar la memoria de algunos de los maestros ya desaparecidos y que trabajaron allí, se bautizaran algunas aulas con sus nombres, procurando que fuera esto en los lugares donde dieron sus cátedras; así surgió en cada una de ellas el nombre de un antiguo maestro: Rafael Rodríguez Padilla, Rafael Yela Günther, Arturo Martínez, Roberto Ossaye, Rafael Castro Gamero, Enrique Acuña...

En el lugar donde actualmente se encuentra la Sala de Exposiciones de la Dirección General de Cultura y Bellas Artes, según se ve en la planta primitiva de la casa, correspondía el primer patio. Desde el año de 1935, cuando se trasladó a dicha casa la Academia de Bellas Artes, antecesora de la actual escuela, se impartía la clase de Dibujo, primer curso, en esa sala. A cargo del pintor y dorador Enrique Acuña Orantes estaba la cátedra referida, quien la venía desempeñando desde el año 1920, pues en ese establecimiento trabajó este maestro a la par de artistas Rafael Rodríguez Padilla, Rafael Castro Gamero, Rafael Pérez de León, doctor Hernán Martínez Sobral, Jaime Sabartés, Federico Guillermo Schaeffer y muchos otros más.

En ese tiempo se ocupaba también esta sala de estudio, para exhibir en ella los trabajos de los alumnos, al finalizar los cursos; y a veces servía para colocar exposiciones de artistas consagrados, de acuerdo con el criterio de la Dirección de la institución; era. Pues, esta sala una aula de dibujo, que de vez en cuando se convertía en Sala de Exposiciones. Muchos años después este lugar, ya establecida la Escuela de Artes Plásticas, pasó a ser Sala de Exposiciones de la Dirección General de Cultura y Bellas Artes, conservando el nombre de Enrique Acuña, pero ya sin razón para ello, porque el carácter que lo mantenía era doméstico para la escuela.

En aquellas clases de "Don Enrique", como se le llamaba corrientemente, desfilaron muchos jóvenes alumnos que, años después, llegaron a figurar como

artista profesionales: Dagoberto Vásquez Castañeda, Guillermo Grajeda Mena, Max Saravia Gual, Roberto Ossaye, Roberto González Goyri y otros más.

La obra que dejó en la academia el maestro Acuña, fue de carácter pedagógico, y como era natural, en una academia, su sistema de enseñanza era estrictamente académico, pero, y aquí está su verdadero valor, su método teórico y práctico, llevaba la experiencia tradicional de los antiguos talleres de arte, y la personal, que era de sentido refinado para captar los valores formales de las líneas, las luces, las sombras, los espacios, las distorsiones que provocan la perspectiva, la atmósfera que crea la belleza de los conjuntos, la riqueza de los detalles de los primeros planos y el sfumado de los segundos y terceros, desde el ángulo determinado como justo para lograr el estudio. Y sobre todo, en su clase privada mucha seriedad, mucho trabajo y mucha disciplina, hasta lograr a entera satisfacción suya, que las manos de sus alumnos llegaran a ejecutar lo que registraban sus ojos. Así trabajaban sus alumnos, sin ninguna libertad, tal como los hicieron los antiguos; la libertad para los discípulos de don Enrique tenía que venir después, y esto, fuera de su visita. Afortunadamente, para las costillas de muchos de sus alumnos, ya no existían las varas de los antiguos maestros de arte.

Con respecto a sus trabajos artísticos se puede decir que don Enrique Acuña no se destacó entre los artistas de su época con sus obras pictóricas, él sabía ver y apreciar los valores plásticos y estéticos del arte académico, que era el terreno de su natural inclinación y de su oficio, pero sus obras fueron modestas, buenas dentro del carácter técnico, pero sin gran resonancia estética, y de los resultados en sus trabajos de dorado y estofe casi no se sabe nada. Su valor, según vemos, está en su trabajo como catedrático de dibujo. La labor del maestro de escuela de arte, no muestra objetivamente su trabajo, la lucha y los triunfos de lo que forma, de lo que dirige, de lo que organiza; nunca es igual a lo que se logra en un bronce o en un mármol convertidos en obra de arte.

El material del maestro de la escuela de arte es el niño, el joven y a veces el adulto, que después de formados, en sus líneas generales, salen de la crisálida y se esparcen por el mundo, a veces con caracteres definidos, que les marcan su propia personalidad, pero que por su afán de imponer obra, como caso único, llegan a veces, hasta borrar de sus biografías, la mano que les sirvió de guía en sus primeros estudios, quedando así los maestros en el olvido. Para que no sucediera esta injusticia, en el caso de don Enrique Acuña, fue que se dispuso poner su nombre en la referida sala.

Ahora veamos la pequeña biografía del maestro Acuña:

Don Enrique Acuña Orantes nació en la ciudad de Guatemala, en el año de 1876, y murió en la misma ciudad, en 1946. Desde muy temprana edad se dedicó al arte, como pintor, dorador, estofador y encarnador de imágenes.

El arte del dibujo y de la pintura lo obtuvo en la “Escuela Nacional de Bellas Artes”, que fue abierta al público en la once calle oriente de esta capital, el día 1º. De junio del año 1892, donde se impartía la enseñanza gratuita, de dibujo lineal, dibujo natural, dibujo geométrico, dibujo arquitectónico, pintura al óleo, modelación, escultura y arquitectura; siendo su director el arquitecto don José de Bustamante, y maestro de clase de señores Francisco Monterroso, Rafael Pilli, C.T. Wilson y los ingenieros Emilio Gómez Flores y Antonio de Arcos.

En los muros de aquella escuela, todavía presidía la escena la figura del Rel Carlos IV, en un cuadro pintado en las postrimerías de la Colonia, y que fue originalmente de la Real Escuela de Dibujo, fundada en 1779, cuadro que pocos años después pasó a la Academia de Bellas Artes fundada por Rodríguez Padilla, y que con el correr del tiempo vino a parar a la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

En las clases de dibujo y pintura, se usaban como modelos algunos cuadros antiguos, estampas y objetos ordenados a manera de bodegón; además del modelo vivo para el estudio de la figura humana desnuda, que por regla general era hombre. Amén de algunos pájaros disecados.

Las aulas de aquella escuela eran inadecuadas (todavía lo son en la actualidad), había poco espacio, poca luz y mala orientación para las ventanas y las puertas; a esto se sumaba la pobreza de materiales. Los modelos en yeso que fueron tan familiares en las clases de dibujo impartidas por Acuña, no lo fueron cuando él hizo sus estudios; la Venus de Médicis, la Victoria de Samotracia, el Doríforo de Policleto, la Venus de Milo, la cabeza de Laoconte, la Venus Arrodillada del Vaticano, la Cabeza del Emperador Vitelio, la Cabeza de la Venus de Nápoles, la Virgen con el Niño y los Niños Cantores de Luca de la Robbia, y tantos otros hermosos modelos en yeso que le dieron carácter al curso de dibujo que Acuña dictó, no llegaron a los estudiantes de arte, sino hasta que el maestro Rodríguez Padilla abrió la Academia de Bellas Artes en 1920, y que han ido desapareciendo poco a poco en la actual Escuela de Artes Plásticas.

Acuña aprendió el arte del dorado, con el presbítero José Arcadio Escobar y Escobar, y el arte del estofe, con el maestro Narciso Castillo Sáenz.

Una muestra de lo que es el trabajo del dorado, que hizo “El padre Escobar”. La tenemos en las esculturas que están en la catedral de la ciudad capital, contiguas al altar mayor, siendo ellas: San Luis Rey de Francia, San Dionisio Acropagita, San Francisco de Sales y San Fernando Rey de España.

También es bueno hacer notar que Acuña fue contemporáneo de los escultores Julio Dubois, Salvador Posadas, Baldomero Yela (padre del escultor Rafael Yela Günther), del pintor, escultor y dorador Manuel Antonio Montúfar, y del escultor y estofador Cipriano Dardón. Asimismo lo fue de los escultores Rafael Sotomayor, José María Díaz y de los Hermanos Ganuza, Juan y Santiago.

Sabemos que Acuña como dorador trabajó con la misma técnica y devoción con que lo hicieron los doradores coloniales. Varios altares e imágenes de iglesias de esta ciudad tienen muestras de su labor: esta como ejemplo el altar mayor de la iglesia de Santa Rosa y el de la de San José, el altar de la Virgen de la Medalla Milagrosa de la cátedras, y la escultura de la Virgen de Guadalupe del santuario dedicado a esta imagen.

Entre sus obras pictóricas realizó retratos al óleo: el del pintor español Justo de Gandarias, el del coronel Ramón G. Cáceres, el del señor Rodolfo Castillo Azmitia, el del pintor miniaturista Eduardo de la Riva, el del señor Manuel Cobos Batres, y el del caricaturista Fernando Gonzales Goyri.

Así también pintó al óleo, sobre tela, el retrato del presidente licenciado Manuel Estrada Cabrera; obra que hizo en 1917, juntamente con el maestro Rafael Rodríguez Padilla y que ahora figura entre las colecciones del Museo de Historia y Bellas Artes.

Se cuentan muchas anécdotas alrededor de esta época, tan propia de Miguel Ángel Asturias, cuando la ciudad tenía sus casas amplias, sencillas y poblanas; cuando sus calles eran silenciosas, empedradas y custodiadas de filas de innumerables postes cargados de alambres eléctricos y de vez en cuando de faroles con luces mortecinas, poste donde multitud de perros vagabundos hacían sus peregrinaciones, a la par de los pordioseros.

He aquí una anécdota pegada a ese ambiente: Un fulano llamado Salvador Bracamonte, quien era, un pobre individuo medio chiflado, a quien el pueblo apodaba “El Tigre” y que se ocupaba de pintar y encalar casas, a veces atendía, como sirviente, el taller de don Enrique Acuña. Se cuenta que cierta vez alguien le encargó a Salvador, “El Tigre”, que le pintara de color de rosa el exterior de su casa y como éste la encalara en blanco, le hizo el reclamo por error, diciéndole que no le pagaba por que el trato había sido con la especificación del color de rosa, a lo que respondió El Tigre: ¿Y acaso no hay rosas blancas, pues?.

Acuña tuvo su taller abierto al público, en tres lugares de esta ciudad y en diferentes épocas, el primero quedaba en la casa de don Leonidas Mencos, octava avenida y quinta calle, donde era visitado asiduamente por varios amigos. Allí se reunían, generalmente los sábados, los caricaturistas José Cayetano Morales (Moncrayón) y Fernando Gonzalez Goyri, quien por ese entonces hizo una caricatura muy buena de Acuña, que ahora vemos en el Museo de Historia y Bellas Artes, y el pintor y escultor Rafael Rodríguez Padilla. El segundo taller lo abrió en la

quinta calle entre novena y décima avenida, y el tercero, en el Callejón de la Cruz, donde, hizo en 1946 su último trabajo, que fue el dorado y estofe de la Virgen de Guadalupe, del santuario del mismo nombre. Alrededor de esta obra se tejó una leyenda piadosa. Contaba monseñor Julio Martínez Flores, prioste y capellán de aquel templo, que pocos días antes de morir el artista, éste “soñó que la Virgen se le apareció y que le habló, indicándole los colores que debía usar para la terminación del delicado manto. El maestro despertó sobresaltado y profundamente emocionado; pero inmediatamente se incorporó y dirigiéndose a su taller dio fin a su excelsa obra, conforme a las instrucciones recibidas durante el sueño, de parte de la Virgen María”

Después, el once de diciembre dejó de existir el maestro Acuña a la edad de setenta años, siendo enterrado al día siguiente, precisamente, el señalado para la festividad de la Virgen de Guadalupe; murió, enmarcado por el destino, dentro del marco dorado de la leyenda, dejando tras sí el recuerdo de su vida apacible y laboriosa, como artista y como maestro de la vieja escuela.